

## **LA TIA EMILIA NO TENIA SITIO EN LA CIUDAD**

*Publicado en Levante. Mayo 2000*

Hace aproximadamente algo mas de un mes recibí una carta de un vecino de Beniferri, en la que sabiendo de mi interés por lo rural, me informaba sobre el derribo de la alquería de la Tía Emilia, una casa rural del S. XVII muy querida por las gentes de Beniferri y Benimamet y a la que por su interés me he referido en algunas ocasiones. Me pedía amablemente mi corresponsal que escribiera algo sobre esa alquería, algo sobre Beniferri, para que quedara en la memoria que también allí, donde ahora campa la desolación y el territorio se ha hecho irreconocible, según decía, hubieron en su día alquerías y paisajes atractivos, llenos de recuerdos, reivindicaba como mínimo la nostalgia.

La carta me pareció inquietante, no solo por la información, sino por la manera de darla. Asumía el hecho desde la fatalidad, aceptando que el destino de esta ciudad irremisiblemente conduce a la perdida de lugares entrañables, de todo lo querido, devastando aquello que nos liga a la tierra y sustituyendo una realidad rural, con unos valores, unas formas y unas escalas, por otra, en este caso urbana, donde los espacios son distintos, ajustados a otra lógica, de escalas diferentes, pero sobre todo donde los valores han cambiado y en ellos no hay cabida y se desprecian el patrimonio y los paisajes rurales.

No quiero entrar en el discurso conservacionista ni mucho menos en el inmovilismo o en los tópicos de la identidad

valenciana. Tampoco adentrarme en el trauma de la desaparición de determinado lugar, donde la adjetivación y la vivencia, personal o colectiva, da una carta de naturaleza singular. Un lugar sustituido por cualquier espacio sin referencia, cualificado solo por sus aspectos dimensionales.

La metrópoli moderna está ligada a determinados procesos de transformación que implican cuando es necesario intervenciones potentes, y ello no es ajeno a la construcción de espacios urbanos ligados en ocasiones al desarraigo. Pero este desarraigo de lo moderno ha de entenderse de manera positiva, en el sentido de liberar al hombre de su atadura a la naturaleza, dominando mediante la técnica, como parte fundamental de su cultura, las antiguas ligazones que reproducían los procesos cíclicos y estáticos de lo natural. Romper con determinadas tradiciones, facilitar la independencia del individuo, sacarlo de la presión de las pequeñas sociedades asfixiantes, liberarlo del determinismo, son condiciones irrenunciables del ciudadano, para lo cual es necesario intervenir sobre el territorio.

El conflicto ocurre cuando en aras de construir esa metrópoli en la que vivimos, se anteponen determinados valores que se justifican en si mismos, en particular el tráfico y la consecución de plusvalías por particulares ubicaciones espaciales, cuestiones ligadas de por sí a lo urbano. Estas se magnifican y anulan cualquier otra condición, utilizando el desarraigo para hacer tabla rasa con la historia y disponer del territorio a su antojo, entendiéndolo como espacio vacío y sin valor, negando con ello el derecho que en cualquier caso tiene un pueblo de volver la vista atrás y encontrar los vestigios de lo atávico, de

aquello que le recuerda su vinculación última con la tierra, cuestión necesaria en cualquier tipo de sociedad. Derecho negado por quienes proponen y disponen destrozarnos nuestro patrimonio y arrasarnos con nuestros paisajes, probablemente sin tener ni conciencia de estar rompiendo un vínculo, pero sin embargo, con carta blanca para consumir la barbarie